



La homilía al servicio de la Palabra de Dios y de las necesidades de los fieles

José Antonio Goñi Beásoain de Paulorena Delegado diocesano de liturgia de Pamplona

Jesús envió a sus discípulos a predicar el Evangelio a toda criatura (cf. Mc 16, 15). Por ello, la Iglesia, fiel a este mandato de su Señor, ha explicado pública y oficialmente el Evangelio juntamente con los aspectos específicos de la fe y de la vida cristiana. Dentro de las múltiples formas de la predicación (evangelizadora, catequética...), destaca aquella predicación que forma parte de la celebración litúrgica, particularmente de la misa, llamada homilía. En ella, un ministro ordenado, tras las lecturas bíblicas, expone, a partir de los textos sagrados, los misterios de la fe y las normas de la vida cristiana1. También en las iglesias y oratorios se da otro tipo de predicación fuera de la liturgia de la palabra de la eucaristía, denominada popularmente «sermón», que versa habitualmente sobre el dogma o la moral de la Iglesia, la cual puede estar al cargo no solo de los ministros ordenados, sino también de los religiosos o de los fieles laicos². En aquellas ocasiones en que se permite a un laico llevar a cabo un rito litúrgico, el sacramento del matrimonio o algunas bendiciones del Bendicional, se menciona que este puede hacer, tras la proclamación de la Sagrada Escritura, una exhortación que explique las lecturas bíblicas para que perciban el significado de la celebración; pero nunca se habla de homilía.

En estas páginas vamos a centrar nuestra atención en la homilía, uno de los elementos integrantes de la liturgia que recuperó su esencia originaria gracias al Concilio Vaticano II, en que se dio nuevamente valor a su punto de partida, esto es, la Palabra de Dios, y a sus destinatarios, esto es, los fieles. De ahí que hayamos titulado esta reflexión: «La homilía al servicio de la Palabra de Dios y de las necesidades de los fieles». Ahora bien, también trataremos otras características de la homilía.

¹ Cf. Sacrosanctum Concilium, 52; Código de Derecho Canónico, p. 767. 1.

² Cf. Código de Derecho Cánonico, pp. 763-766.



1. La homilía en la renovación litúrgica posconciliar

Vamos a partir, antes de desarrollar los distintos rasgos de la homilía, de la revaloración que el Concilio Vaticano II le dio, recuperando así su ser en la renovación litúrgica posconciliar. Por ello está presente tanto en los nuevos libros litúrgicos como en la legislación canónica. Para poder comprender esta renovación, conviene que recorramos antes brevemente su historia de modo que conozcamos sus orígenes, sus cambios históricos y su situación antes de la reforma litúrgica posconciliar.

1.1. Breve recorrido histórico

1.1.1. Raices

La homilía forma parte de la liturgia desde sus orígenes, es una herencia judía. El culto sinagogal sabático constaba de la lectura de los textos bíblicos seguida de un comentario homilético³. En el libro de Nehemías se nos dice que, tras el exilio, al encontrar las Sagradas Escrituras, «los levitas [...] leían el libro de la ley de Dios con claridad y explicándolo de forma que comprendieran la lectura» (Neh 8, 8). Sabemos, además, por los evangelios, que el mismo Jesús tomó un día la palabra en la sinagoga de Nazaret, después de haber proclamado un pasaje del profeta Isaías (cf. Lc 4, 15-22).

Jesús, tras resucitar, como preámbulo de la «eucaristía» con los discípulos de Emaús, «comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura» (*Lc* 24, 27). Y Pablo también dirigía la palabra a las comunidades que visitaba en el marco de la eucaristía (cf. *Hch* 20, 7. 11).

1.1.2. Primeros siglos

El testimonio más antiguo que ha llegado a nuestros días que describe la celebración de la eucaristía —la *Apología* de san Justino de mediados del siglo II— señala que en la asamblea dominical «cuando el lector ha acabado, el que preside exhorta e incita de palabra a la imitación de estas cosas excelsas»⁴. En ese mismo siglo se sitúa la amonestación de la *Segunda carta* de Clemente que nos indica que los presbíteros predicaban en las celebraciones: «No parezcamos creyentes y atentos solo cuando nos amonestan los presbíteros, sino también una vez de regreso en nuestras casas, recordemos los preceptos del Señor»⁵.

³ Cf. M. McNamara, *I Targum e il Nuovo Testamento. Le parafrasi aramaiche della Bibbia ebraica e il loro apporto per una migliore comprensione nel Nuovo Testamento* (Studi biblici), Edizioni Dehoniane Bologna, Bolonia 1978, p. 61.

Justino, Apología I, 67.

San Clemente, Segunda carta, 18, 3.

E, igualmente, también en aquel tiempo, Ignacio de Antioquía invitaba a Policarpo de Esmirna a «hacer una homilía contra los oficios deshonestos»⁶.

En los siglos posteriores encontramos grandes homiletas, particularmente en los siglos IV-V, como Basilio, Juan Crisóstomo, León Magno, Ambrosio y Agustín; anteriormente habían destacado Cipriano y Orígenes, y más tarde el papa Gregorio Magno. Estas homilías eran consideradas como una «conversación familiar de un pastor de almas con su pueblo durante una acción litúrgica, a partir de un texto bíblico sugerido por la liturgia».

1.1.3 Medioevo

En la Alta Edad Media la predicación cristiana dentro de la misa decayó. Así, en el *Ordo Romanus I* no se hace mención alguna de la homilía, igualmente ocurrirá en varios *Ordines* posteriores^a. La homilía, además de separarse de la celebración, pasó a ser temática, perdiendo la referencia a los textos bíblicos y la conexión con la realidad de los fieles^a.

Las nuevas órdenes mendicantes, particularmente los dominicos, se dedicaron a la predicación, pero no como en los tiempos patrísticos, en que partían de las lecturas bíblicas de la celebración litúrgica, sino que convierten la homilía en catequesis doctrinales o morales alejadas de la temática que ofrecía la liturgia; propiamente eran sermones.

Surge incluso la predicación fuera de la misa, en las llamadas misiones populares. A veces se incluyen en la misa, pero ajenas a ella; esto es, durante la celebración de la eucaristía un predicador, desde el púlpito, dirigía su palabra a los fieles.

1.1.4. Desde el Concilio de Trento hasta el Concilio Vaticano II

El Concilio de Trento, al tratar del sacrificio de la misa, en la sesión 22.ª del 17 de septiembre de 1562, ordenó...

[299] — — — 143

⁶ Ignacio de Antioquía, *Epístola a Policarpo*, 5, 1.

⁷ Cf. A. OLIVAR, La predicación cristiana antigua (Biblioteca Herder-Sección de Teología y Filosofía 189), Herder, Barcelona 1991.

⁸ J. Leclerco, Liturgie et les paradoxes chrétiens (Lex Orandi 36), Du Cerf, París 1963, p. 208.

⁹ El *Ordo Romanus* X, que no procede de Roma, habla del sermón o predicación, condicionándolo sin embargo a la voluntad del obispo (cf. *Ordo Romanus* X, 32).

¹⁰ Cf. L. DELLA TORRE, «Homilía», en D. SARTORE-A. M. TRIACCA (eds.), *Nuevo diccionario de liturgia*, Paulinas, Madrid 1987, pp. 1022-1023.

... a los pastores y a cada uno de los que tienen cura de almas que, frecuentemente, durante la celebración de las misas, por sí o por otro, expongan algo de lo que en la misa se lee y, entre otras cosas, declaren algún misterio de este santísimo sacrificio, señaladamente los domingos y días festivos¹¹.

Tal y como se ve en la redacción del texto, la homilía no formaba parte de la celebración, ya que se hacía «durante la celebración de las misas».

El Código de Derecho Canónico publicado en 1917 mantuvo esta misma disposición¹² aunque especificando el contenido de la predicación: «Hágase una breve explicación del Evangelio o de alguna parte de la doctrina cristiana»; Trento había sido más genérico: «Expongan algo de lo que en la misa se lee».

El nuevo Código de Rúbricas publicado en 1960 prohibió la práctica de predicar durante la misa, con lo que la homilía recuperó su lugar originario, esto es, tras la proclamación de las lecturas:

Tras el Evangelio, principalmente los domingos y fiestas de precepto, hágase una breve homilía para el pueblo, si se considera oportuno. La homilía, hecha por otro sacerdote o por el celebrante, no se superponga a la celebración de la misa, impidiendo la participación de los fieles. La celebración de la misa se interrumpe y solamente cuando acaba la homilía se reemprende¹³.

Pero seguía sin formar parte de la celebración litúrgica ya que la homilía se consideraba una interrupción de la misa.

1.2. Renovación conciliar

A las puertas del Concilio Vaticano II la situación de la homilía era la siguiente: estaba recomendada los domingos y festivos, pero no era obligatoria nunca; no formaba parte de la celebración; se hacía durante la misa, aunque Juan XXIII con el nuevo Código de Rúbricas corrigió esta práctica; las lecturas bíblicas proclamadas en la liturgia de la palabra no eran el punto de referencia del contenido de la homilía, más aún, en algunas diócesis se habían preparado esquemas de predicación en clave catequética.

¹¹ DH 1749.

¹² Cf. Código de Derecho Canónico (1917), pp. 1344-1345.

Código de Rúbricas, p. 474.

1.1.5. Concilio Vaticano II

Gracias al sustrato preparado por el movimiento litúrgico de la primera mitad del siglo xx, y también por influencia del contemporáneo movimiento bíblico, el Concilio Vaticano II, en su primera constitución *Sacrosanctum Concilium*, publicada en 1963, manifestó que la homilía es una parte integrante de la celebración litúrgica, que esta debe tener en consideración los textos bíblicos y litúrgicos, y que es obligatoria en las misas de los domingos y fiestas de precepto. Concretamente se expresaban los padres conciliares en estos términos:

- 24. En la celebración litúrgica la importancia de la Sagrada Escritura es sumamente grande. Pues de ella se toman las lecturas que luego se explican en la homilía [...].
- 35. 2. Por ser el sermón parte de la acción litúrgica, se indicará también en las rúbricas el lugar más apto, en cuanto lo permite la naturaleza del rito; cúmplase con la mayor fidelidad y exactitud el ministerio de la predicación; las fuentes principales de la predicación serán la Sagrada Escritura y la liturgia, ya que es una proclamación de las maravillas obradas por Dios en la historia de la salvación o misterio de Cristo, que está siempre presente y obra en nosotros, particularmente en la celebración de la liturgia.
- 52. Se recomienda encarecidamente, como parte de la misma liturgia, la homilía, en la cual se exponen durante el ciclo del año litúrgico, a partir de los textos sagrados, los misterios de la fe y las normas de la vida cristiana. Más aún, en las misas que se celebran los domingos y fiestas de precepto, con asistencia del pueblo, nunca se omita si no es por causa grave.

Al poco tiempo de la promulgación de la Sacrosanctum Concilium, en 1964, la Sagrada Congregación de Ritos y el Consilium ad exsequendam constitutionem de sacra liturgia publicaron la instrucción Inter oecumenici, el primer documento para la debida aplicación de la constitución conciliar sobre liturgia. Respecto a la homilía, en primer lugar, añadió a la normativa conciliar la recomendación de predicar en algunas otras ocasiones. En segundo lugar, explicó cómo debía entenderse la inspiración de la homilía en los textos sagrados. Y, finalmente, afrontó el tema de los esquemas de predicación que habían sido objeto de la discusión conciliar y que en muchas diócesis eran de uso habitual.

53. Se predicará la homilía en todas las misas que se celebren los domingos y fiestas de precepto con asistencia del pueblo, sin exceptuar siquiera las misas conventuales, las misas con canto y las pontificales. Se recomienda la homilía, además, en los días laborables, principalmente en ciertas ferias de Adviento y de Cuaresma, y en otras ocasiones en que asiste a la iglesia un buen número de fieles.

- 54. Por homilía inspirada en los textos sagrados se entiende una explicación de algún aspecto de las lecturas bíblicas o de otro texto del Ordinario o del Propio de la misa del día; teniendo en cuenta el misterio que se celebra y las necesidades particulares de los oyentes.
- 55. Si se proponen esquemas de predicación para la misa en algunos periodos del año, deben guardar una íntima y armónica relación, al menos con los principales tiempos y fiestas del año litúrgico (cf. SC 102-104), es decir, con el misterio de la redención; porque la homilía es parte de la liturgia del día.

Algunas conferencias episcopales prepararon documentos o directorios sobre la homilía, como por ejemplo la Conferencia Episcopal Española, que en 1990 publicó unas orientaciones sobre el ministerio de la homilía bajo el título *Partir el pan de la palabra*.

1.1.6. Libros litúrgicos

Los libros litúrgicos revisados por indicación del Concilio Vaticano II recogieron las disposiciones respecto a la homilía marcadas por la constitución *Sacrosanctum Concilium* y la instrucción *Inter oecumenici*, particularmente el *Misal Romano* y la *Ordenación de las lecturas de la misa*.

El primero de ellos, en los números 41-42 y 97 de la *Ordenación general* que figuraba en las primeras páginas de su edición típica publicada en el año 1970, hablaba de la homilía en estos términos:

- 41. La homilía es parte de la liturgia, y muy recomendada, pues es necesaria para alimentar la vida cristiana. Conviene que sea una explicación o de algún aspecto particular de las lecturas de la Sagrada Escritura, o de otro texto del Ordinario, o del Propio de la misa del día, teniendo siempre presente el misterio que se celebra y las particulares necesidades de los oyentes.
- 42. Los domingos y fiestas de precepto ha de haber homilía en todas las misas que se celebran con asistencia del pueblo; fuera de eso se recomienda sobre todo en los días feriales de Adviento, Cuaresma y tiempo pascual, y también en otras fiestas y ocasiones en que el pueblo acude numeroso a la iglesia.

La homilía la hará ordinariamente el mismo sacerdote celebrante.

97. La homilía se hace desde la sede o desde el ambón.

Posteriormente, en la tercera edición típica del *Misal*, que vio la luz en el año 2002, fue desarrollada la frase que concluía el número 42 de la segunda edición de la *Ordenación general del Misal Romano*, esto es, aquella que hablaba del ministro de la homilía, pues había habido nuevas directrices al respecto, que más adelante comentaremos, y se indicó también la oportunidad de guardar un momento de silencio a su término. Se especificó, por otra parte, el lugar desde donde se puede hacer la homilía, lo cual ampliaba el número 47 de la citada segunda edición de la *Ordenación general del Misal Romano*.

- 65. La homilía es parte de la liturgia, y muy recomendada, pues es necesaria para alimentar la vida cristiana. Conviene que sea una explicación o de algún aspecto particular de las lecturas de la Sagrada Escritura, o de otro texto del Ordinario, o del Propio de la misa del día, teniendo siempre presente el misterio que se celebra y las particulares necesidades de los oyentes.
- 66. La homilía la pronuncia ordinariamente el sacerdote celebrante o un sacerdote concelebrante a quien este se la encargue o, a veces, según la oportunidad, también el diácono, pero nunca un fiel laico. En casos peculiares y con una causa justa pueden pronunciarla también un obispo o un presbítero que asisten a la celebración pero no concelebran.

Los domingos y fiestas de precepto ha de haber homilía, y no se puede omitir sin causa grave en ninguna de las misas que se celebran con asistencia del pueblo; los demás días se recomienda, sobre todo, en los días feriales de Adviento, Cuaresma y tiempo pascual, y también en otras fiestas y ocasiones en que el pueblo acude numeroso a la Iglesia.

Tras la homilía es oportuno guardar un breve espacio de silencio.

136. El sacerdote, de pie en la sede o en el mismo ambón, o en otro lugar idóneo, si conviene, pronuncia la homilía; una vez terminada, puede guardarse un tiempo de silencio.

La Ordenación de las lecturas de la misa, publicada en el año 1969, vio una segunda edición en el año 1981 en la que fueron ampliados sus *Prænotanda*: se incluyeron cinco números, del 24 al 27 y el 41, que recogían la mencionada enseñanza sobre la homilía enriquecida con algunos otros aspectos como su finalidad, su duración, el lugar desde donde se pronuncia...

24. La homilía que, a lo largo del año litúrgico, expone a partir del texto sagrado los misterios de la fe y las normas de la vida cristiana, como parte de la liturgia de la palabra, a partir de la constitución litúrgica del Concilio Vaticano II, muchas veces y con mucho interés ha sido recomendada e

incluso mandada para ciertas ocasiones. En la celebración de la misa, la homilía, que normalmente hace el mismo que preside, tiene como finalidad que la Palabra de Dios anunciada, junto con la liturgia eucarística, sea «como una proclamación de las maravillas obradas por Dios en la historia de la salvación o misterio de Cristo». En efecto, el misterio pascual de Cristo, anunciado en las lecturas y en la homilía, se realiza por medio del sacrificio de la misa. Cristo está siempre presente y operante en la predicación de su Iglesia.

La homilía, por consiguiente, si explica tanto las palabras de la Sagrada Escritura que se acaban de leer u otro texto litúrgico debe llevar a la asamblea de los fieles a una activa participación en la eucaristía, a fin de que «vivan siempre de acuerdo con la fe que profesaron». Con esta explicación viva, la Palabra de Dios que se ha leído y las celebraciones que realiza la Iglesia pueden adquirir una mayor eficacia, a condición de que la homilía sea realmente fruto de la meditación, debidamente preparada, ni demasiado larga ni demasiado corta, y de que se tenga en cuenta a todos los presentes, incluso a los niños y a los incultos.

En la concelebración, normalmente hace la homilía el celebrante principal o uno de los concelebrantes.

25. En los días que está mandado, a saber, en los domingos y fiestas de precepto, debe tenerse la homilía en todas las misas que se celebran con asistencia del pueblo, sin excluir las misas que se celebran en la tarde del día precedente.

También debe haber homilía en las misas que se celebran para los niños o para grupos particulares.

Se recomienda mucho la predicación de la homilía en las ferias de Adviento, de Cuaresma y del tiempo pascual, en bien de los fieles que participan ordinariamente en la celebración de la misa; y también en otras fiestas y ocasiones en las que hay mayor asistencia de fieles en la iglesia.

- 26. El sacerdote celebrante dice la homilía desde la sede, de pie o sentado, o desde el ambón.
- 27. Hay que excluir de la homilía los breves avisos que se hayan de hacer a la asamblea, pues su lugar es a continuación de la oración después de la comunión.
- 41. El presidente ejerce también su función propia y el ministerio de la Palabra de Dios cuando pronuncia la homilía. En efecto, la homilía conduce a sus hermanos a una comprensión sabrosa de la Sagrada Escritura, abre las almas de los fieles a la acción de gracias por las maravillas de Dios, ali-

menta la fe de los presentes acerca de la palabra, que en la celebración se convierte en sacramento por la intervención del Espíritu Santo; finalmente, prepara a los fieles para una comunión fructuosa y los invita a practicar las exigencias de la vida cristiana.

En el resto de libros litúrgicos figuran indicaciones sobre el momento de la homilía y, en algunos, también sobre su contenido, pero sin modificar ni ampliar la normativa que hemos expuesto.

1.1.7. Documentación litúrgica

Las cuestiones relevantes que fueron surgiendo sobre la homilía se aclararon en diferentes documentos de la Sede Apostólica, particularmente de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos. Nos detendremos en estas disposiciones al tratar los temas específicos que regularon. En este momento solo ofrecemos la transcripción de los textos correspondientes.

Destaca en primer lugar la instrucción dedicada a algunas cuestiones acerca de la colaboración de los fieles laicos en el sagrado ministerio de los sacerdotes titulada *Ecclesia de mysterio*, que el 15 de agosto de 1997 aprobaron ocho dicasterios romanos, a saber, Congregación para el Clero, Pontificio Consejo para los Laicos, Congregación para la Doctrina de la Fe, Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, Congregación para los Obispos, Congregación para la Evangelización de los Pueblos, Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica y Pontificio Consejo para la Interpretación de los Textos Legislativos.

Artículo 3: La homilía

1. La homilía, forma eminente de predicación «qua per ann liturgici cursum ex textu sacro fidei mysteria et normæ vitæ christianæ exponuntur», es parte de la misma liturgia.

Por tanto, la homilía, durante la celebración de la eucaristía, se debe reservar al ministro sagrado, sacerdote o diácono. Se excluyen los fieles no ordenados, aunque desarrollen la función llamada «asistentes pastorales» o catequistas, en cualquier tipo de comunidad o agrupación. No se trata, en efecto, de una eventual mayor capacidad expositiva o preparación teológica, sino de una función reservada a aquel que es consagrado con el sacramento del orden, por lo que ni siquiera el obispo diocesano puede dispensar de la norma del canon, dado que no se trata de una ley meramente disciplinar, sino de una ley que toca las funciones de enseñanza y santificación estrechamente unidas entre sí.

No se puede admitir, por tanto, la praxis, en ocasiones asumida, por la cual se confía la predicación homilética a seminaristas estudiantes de Teología, aún no ordenados. La homilía no puede, en efecto, considerarse como una práctica para el futuro ministerio.

Se debe considerar abrogada por el can. 767 1 cualquier norma anterior que haya podido admitir fieles no ordenados a pronunciar la homilía durante la celebración de la santa misa.

- 2. Es lícita la propuesta de una breve monición para favorecer la mayor inteligencia de la liturgia que se celebra y también cualquier eventual testimonio siempre según las normas litúrgicas y en ocasión de las liturgias eucarísticas celebradas en particulares jornadas (jornada del seminario, del enfermo, etc.), si se consideran objetivamente convenientes, como ilustrativas de la homilía regularmente pronunciada por el sacerdote celebrante. Estas explicaciones y testimonios no deben asumir características tales de llegar a confundirse con la homilía.
- 3. La posibilidad del «diálogo» en la homilía puede ser, alguna vez, prudentemente usada por el ministro celebrante como medio expositivo con el cual no se delega a los otros el deber de la predicación.
- 4. La homilía fuera de la santa misa puede ser pronunciada por fieles no ordenados según lo establecido por el derecho o las normas litúrgicas y observando las cláusulas allí contenidas.
- 5. La homilía no puede ser confiada, en ningún caso, a sacerdotes o diáconos que han perdido el estado clerical o que, en cualquier caso, han abandonado el ejercicio del sagrado ministerio.

La instrucción sobre algunas cosas que se deben observar o evitar acerca de la eucaristía *Redemptionis sacramentum*, publicada el 25 de marzo del 2004 por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, habló de la homilía en los siguientes números:

- 64. La homilía, que se hace en el curso de la celebración de la santa misa y es parte de la misma liturgia, «la hará, normalmente, el mismo sacerdote celebrante, o él se la encomendará a un sacerdote concelebrante, o a veces, según las circunstancias, también al diácono, pero nunca a un laico. En casos particulares y por justa causa, también puede hacer la homilía un obispo o un presbítero que está presente en la celebración, aunque sin poder concelebrar».
- 65. Se recuerda que debe tenerse por abrogada, según lo prescrito en el canon 767 .1, cualquier norma precedente que admitiera a los fieles no

ordenados para poder hacer la homilía en la celebración eucarística. Se reprueba esta concesión, sin que se pueda admitir ninguna fuerza de la costumbre.

- 66. La prohibición de admitir a los laicos para predicar, dentro de la celebración de la misa, también es válida para los alumnos de seminarios, los estudiantes de Teología, para los que han recibido la tarea de «asistentes pastorales» y para cualquier otro tipo de grupo, hermandad, comunidad o asociación de laicos.
- 67. Sobre todo, se debe cuidar que la homilía se fundamente estrictamente en los misterios de la salvación, exponiendo a lo largo del año litúrgico, desde los textos de las lecturas bíblicas y los textos litúrgicos, los misterios de la fe y las normas de la vida cristiana, y ofreciendo un comentario de los textos del Ordinario y del Propio de la misa, o de los otros ritos de la Iglesia. Es claro que todas las interpretaciones de la Sagrada Escritura deben conducir a Cristo, como eje central de la economía de la salvación, pero esto se debe realizar examinándola desde el contexto preciso de la celebración litúrgica. Al hacer la homilía, procúrese iluminar desde Cristo los acontecimientos de la vida. Hágase esto, sin embargo, de tal modo que no se vacíe el sentido auténtico y genuino de la Palabra de Dios, por ejemplo, tratando solo de política o de temas profanos, o tomando como fuente ideas que provienen de movimientos pseudorreligiosos de nuestra época.
- 68. El obispo diocesano vigile con atención la homilía, difundiendo, entre los ministros sagrados, incluso normas, orientaciones y ayudas, y promoviendo a este fin reuniones y otras iniciativas; de esta manera tendrán ocasión frecuente de reflexionar con mayor atención sobre el carácter de la homilía y encontrarán también una ayuda para su preparación.
- 74. Si se diera la necesidad de que instrucciones o testimonios sobre la vida cristiana sean expuestos por un laico a los fieles congregados en la iglesia, siempre es preferible que esto se haga fuera de la celebración de la misa. Por causa grave, sin embargo, está permitido dar este tipo de instrucciones o testimonios, después de que el sacerdote pronuncie la oración después de la comunión. Pero esto no puede hacerse una costumbre. Además, estas instrucciones y testimonios de ninguna manera pueden tener un sentido que pueda ser confundido con la homilía, ni se permite que por ello se suprima totalmente la homilía.

La exhortación postsinodal sobre la eucaristía, fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia, *Sacramentum caritatis*, que el papa Benedicto XVI firmó el 22 de febrero de 2007 hablaba en uno de sus números sobre la homilía:

46. La necesidad de mejorar la calidad de la homilía está en relación con la importancia de la Palabra de Dios. En efecto, esta «es parte de la acción litúrgica»; tiene el cometido de favorecer una mejor comprensión y eficacia de la Palabra de Dios en la vida de los fieles. Por eso los ministros ordenados han de «preparar la homilía con esmero, basándose en un conocimiento adecuado de la Sagrada Escritura». Han de evitarse homilías genéricas o abstractas. En particular, pido a los ministros un esfuerzo para que la homilía ponga la Palabra de Dios proclamada en estrecha relación con la celebración sacramental y con la vida de la comunidad, de modo que la Palabra de Dios sea realmente sustento y vigor de la Iglesia. Se ha de tener presente, por tanto, la finalidad catequética y exhortativa de la homilía. Es conveniente que, partiendo del Leccionario trienal, se prediquen a los fieles homilías temáticas que, a lo largo del año litúrgico, traten los grandes temas de la fe cristiana, según lo que el magisterio propone en los cuatro «pilares» del Catecismo de la Iglesia Católica y en su reciente Compendio: la profesión de la fe, la celebración del misterio cristiano, la vida en Cristo y la oración cristiana.

Finalmente, la exhortación postsinodal sobre la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia, *Verbum Domini*, publicada por el papa Benedicto XVI el 30 de septiembre de 2010, dedicó los siguientes números a la homilía:

59. Hay también diferentes oficios y funciones «que corresponden a cada uno, en lo que atañe a la Palabra de Dios; según esto, los fieles escuchan y meditan la Palabra, y la explican únicamente aquellos a quienes se encomienda este ministerio», es decir, obispos, presbíteros y diáconos. Por ello, se entiende la atención que se ha dado en el Sínodo al tema de la homilía. Ya en la exhortación apostólica postsinodal Sacramentum caritatis, recordé que «la necesidad de mejorar la calidad de la homilía está en relación con la importancia de la Palabra de Dios. En efecto, esta "es parte de la acción litúrgica"; tiene el cometido de favorecer una mejor comprensión y eficacia de la Palabra de Dios en la vida de los fieles». La homilía constituye una actualización del mensaje bíblico, de modo que se lleve a los fieles a descubrir la presencia y la eficacia de la Palabra de Dios en el hoy de la propia vida. Debe apuntar a la comprensión del misterio que se celebra, invitar a la misión, disponiendo la asamblea a la profesión de fe, a la oración universal y a la liturgia eucarística. Por consiguiente, quienes por ministerio específico están encargados de la predicación han

de tomarse muy en serio esta tarea. Se han de evitar homilías genéricas y abstractas, que oculten la sencillez de la Palabra de Dios, así como inútiles divagaciones que corren el riesgo de atraer la atención más sobre el predicador que sobre el corazón del mensaje evangélico.

Debe quedar claro a los fieles que lo que interesa al predicador es mostrar a Cristo, que tiene que ser el centro de toda homilía. Por eso se requiere que los predicadores tengan familiaridad y trato asiduo con el texto sagrado; que se preparen para la homilía con la meditación y la oración, para que prediquen con convicción y pasión. La Asamblea sinodal ha exhortado a que se tengan presentes las siguientes preguntas: «¿Qué dicen las lecturas proclamadas? ¿Qué me dicen a mí personalmente? ¿Qué debo decir a la comunidad, teniendo en cuenta su situación concreta?». El predicador tiene que «ser el primero en dejarse interpelar por la Palabra de Dios que anuncia», porque, como dice san Agustín: «Pierde tiempo predicando exteriormente la Palabra de Dios quien no es oyente de ella en su interior». Cuídese con especial atención la homilía dominical y la de las solemnidades; pero no se deie de ofrecer también, cuando sea posible, breves reflexiones apropiadas a la situación durante la semana en las misas cum populo, para ayudar a los fieles a acoger y hacer fructífera la palabra escuchada.

60. Predicar de modo apropiado ateniéndose al Leccionario es realmente un arte en el que hay que ejercitarse. Por tanto, en continuidad con lo requerido en el Sínodo anterior, pido a las autoridades competentes que, en relación al Compendio eucarístico, se piense también en instrumentos y subsidios adecuados para ayudar a los ministros a desempeñar del mejor modo su tarea, como, por ejemplo, con un directorio sobre la homilía, de manera que los predicadores puedan encontrar en él una ayuda útil para prepararse en el ejercicio del ministerio. Como nos recuerda san Jerónimo, la predicación se ha de acompañar con el testimonio de la propia vida: «Que tus actos no desmientan tus palabras, para que no suceda que, cuando tú predicas en la iglesia, alguien comente en sus adentros: "¿Por qué, entonces, precisamente tú no te comportas así?". [...] En el sacerdote de Cristo la mente y la palabra han de ser concordes».

1.1.8. Código de Derecho Canónico

Finalmente exponemos las disposiciones normativas incluidas en el Código de Derecho Canónico del año 1983 sobre la homilía incluidas dentro del apartado dedicado a la predicación de la Palabra de Dios:

- 767. 1. Entre las formas de predicación destaca la homilía, que es parte de la misma liturgia y está reservada al sacerdote o al diácono; a lo largo del año litúrgico, expónganse en ella, comentando el texto sagrado, los misterios de la fe y las normas de vida cristiana.
- 2. En todas las misas de los domingos y fiesta de precepto que se celebran con concurso del pueblo, debe haber homilía, y no se puede omitir sin causa grave.
- 3. Es muy aconsejable que, si hay suficiente concurso del pueblo, haya homilía también en las misas que se celebren entre semana, sobre todo en el tiempo de Adviento y Cuaresma, o con ocasión de una fiesta o de un acontecimiento luctuoso.
- 4. Corresponde al párroco o rector de la iglesia cuidar de que estas prescripciones se cumplan fielmente.

El 20 de junio de 1987, la Pontificia Comisión para la Interpretación Auténtica del Código de Derecho Canónico emitió su voto negativo a la posibilidad de que el obispo diocesano dispensara de la reserva de la homilía al ministro ordenado dictaminada en el canon 767.1¹⁴.

2. Rasgos esenciales de la homilía

La homilía cuenta con unos rasgos que forman parte de su esencia, unos rasgos que deben estar presentes para que la homilía sea realmente tal. En primer lugar la homilía, a diferencia de otros tipos de predicación, pertenece a la celebración litúrgica. En segundo lugar, parte de los textos bíblicos que se proclaman en la liturgia, por ello decimos que debe estar al servicio de la Palabra de Dios. En tercer lugar, la homilía está dirigida a una asamblea concreta, por ello decimos que también debe estar al servicio de las necesidades de los fieles. Y, finalmente, la homilía es hecha por un ministro ordenado.

Sin embargo, ha habido momentos en la historia en los que alguno de estos rasgos aparece difuminado o, incluso, no se encuentra. Por ello, en el sentido estricto de la palabra, no podemos decir que en esas épocas hubiera «homilía». En su lugar, encontramos una predicación o un sermón, pero no homilía.

2.1. La homilía, parte de la acción litúrgica

Tras el Concilio Vaticano II la homilía volvió a formar parte de la acción litúrgica. Anteriormente, como hemos señalado en nuestro recorrido histórico, la homilía

¹⁴ Cf. AAS 79 (1987) 1249.

se realizaba bien al mismo tiempo que la celebración de la misa, deteniéndose la predicación en el momento de la consagración, bien tras la proclamación del Evangelio, y entonces se consideraba como una interrupción de la misa que era retomada al finalizar la predicación.

Pero el Concilio Vaticano II, gracias al impulso del movimiento litúrgico, recuperó el lugar de la homilía dentro de la celebración al considerarla como una parte de la acción litúrgica¹⁵. De modo que la homilía dejaba de ser un elemento accesorio e incluso ajeno a la liturgia para convertirse en un componente cualificado que actualiza la Palabra de Dios, promueve la participación de la asamblea de los fieles en la celebración, ilumina los misterios de la fe y transmite el modo de vida propio de los cristianos¹⁶.

La Sacrosanctum Concilium distinguió dos partes en la celebración eucarística: la liturgia de la palabra, también denominada mesa de la palabra, y la liturgia eucarística, también denominada mesa del cuerpo del Señor¹⁷. Ambas son igualmente importantes, hasta el punto de afirmar que

... la Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la Palabra de Dios como del cuerpo de Cristo¹⁸.

La homilía está situada dentro de la primera parte de la celebración, la liturgia de la palabra, que se desarrolla siguiendo este orden: primera lectura, salmo responsorial, segunda lectura —cuando las rúbricas la prescriben—, aleluya o versículo antes del Evangelio en tiempo de Cuaresma, Evangelio, homilía, símbolo de la fe —cuando las rúbricas lo prescriben— y oración universal. Así, podemos decir que en primer lugar la palabra es proclamada —en las lecturas—, después es explicada —en la homilía—, en tercer lugar es profesada —en el símbolo de la fe— y, finalmente, es rezada —en la oración universal—.

Dado que la homilía forma parte de la celebración litúrgica, no puede ser ajena a esta. Así que debe estar adaptada al contexto celebrativo, esto es, no es lo mismo predicar en una eucaristía o en un bautizo o en una boda o en un funeral o en laudes o en vísperas..., ni tampoco el mismo texto bíblico tiene la misma resonancia en el tiempo de Adviento, en Navidad, Cuaresma o Pascua. De modo que la propia celebración debe repercutir en la homilía dándole un color u otro.

155

¹⁵ Cf. Sacrosanctum Concilium, 52.

¹⁶ Cf. Ordenación de las lecturas de la misa (segunda edición típica), 24.

¹⁷ Cf. Sacrosanctum Concilium, 48. 51.

¹⁸ Dei Verbum, 21.



El propio *Misal Romano* nos recuerda que en la homilía hay que tener presente el misterio que se celebra¹⁹; tengamos en cuenta que los propios textos litúrgicos pueden emplearse como fuente de la homilía²⁰. De tal modo que la homilía cumpla así una función mistagógica al conducir al misterio que se celebra mejorando la participación de los fieles.

2.2. La homilía, al servicio de la Palabra de Dios

La homilía está, en primer lugar, al servicio de la Palabra de Dios. Este es un rasgo sustancial de la predicación que se realiza en el marco de la celebración litúrgica. La fuente de otros tipos de predicación (evangelizadora, catequética...) puede ser otra. Sin embargo, la homilía, para que sea tal, debe partir de las lecturas bíblicas proclamadas en la celebración. La Sacrosanctum Concilium nos lo recuerda: «en la celebración litúrgica la importancia de la Sagrada Escritura es sumamente grande pues de ella se toman las lecturas que luego se explican en la homilía»²¹; «las fuentes principales de la predicación serán la Sagrada Escritura y la liturgia»22. Y en los libros litúrgicos posconciliares, particularmente la Ordenación general del Misal Romano y la Ordenación de las lecturas de la misa, quedó recogido este principio. La normativa previa era mucho más genérica, pues se limitaba a decir que en la homilía se exponía «algo de lo que en la misa se lee», de modo que, normalmente, en la liturgia tenían lugar sermones, pero no homilías propiamente dichas. Los propios santos padres eran conscientes de que las palabras que dirigían al pueblo en la celebración litúrgica tras la proclamación de las lecturas era un comentario de estas, tal y como manifiesta el gesto de tener el libro sagrado entre las manos23.

De modo que la homilía no es una predicación libre sino una prolongación de las lecturas bíblicas, como hizo Cristo con los discípulos de Emaús cuando, antes de partir el pan, «comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura» (*Lc* 24, 27). Se trata, por tanto, de una actualización del mensaje anunciado. En la homilía se explican las lecturas del *Leccionario* para que puedan iluminar el presente que vive la Iglesia, cada

_ [312]

¹⁹ Cf. Ordenación general del Misal Romano (tercera edición típica), 65.

²⁰ Cf. Sacrosantum Concilium, 35, 2; SAGRADA CONGREGACIÓN DE RITOS-CONSILIUM AD EXSEQUENDAM CONSTITUTIONEM DE SACRA LITURGIA, Primera instrucción general para aplicar debidamente la constitución «Sacrosanctum Concilium» Inter oecumenici, 54; Ordenación general del Misal Romano (tercera edición típica), 65; Ordenación de las lecturas de la misa (segunda edición típica), 24.

²¹ Cf. Sacrosanctum Concilium, 24.

²² Cf. Sacrosanctum Concilium, 35, 2.

²³ Cf. A. JUNGMANN, *El sacrificio de la misa. Tratado histórico-litúrgico* (BAC Normal 68), La Editorial Católica, Madrid 1953, p. 582; M. RIGHETTI, *Historia de la liturgia* 2 (BAC Normal 144), La Editorial Católica, Madrid 1956, p. 239.

San Agustín, Tratado 40 de san Juan 1.

cristiano, la sociedad... En la homilía se exponen «a partir del texto sagrado los misterios de la fe y las normas de la vida cristiana»²⁴. Así la palabra proclamada se convierte en palabra dicha hoy para nosotros.

Este presupuesto exige que el predicador lea y estudie el texto, en primer lugar, ayudado de los medios que le ofrece la exégesis bíblica, para conocer su contexto, su sentido, su finalidad... Y después, lo medite y ore para recibir la luz del Espíritu Santo y así «arda su corazón» como el de los discípulos de Emaús, haciendo una exégesis orante. La reciente exhortación postsinodal Verbum Domini, en el número 59, recogiendo la proposición 15 del Sínodo de la palabra, señala que los predicadores (obispos, sacerdotes, diáconos) deben preparar la homilía en la oración para que prediquen con convicción y pasión, haciéndose tres preguntas: ¿qué dicen las lecturas proclamadas?, ¿qué me dicen a mí?, ¿qué debo decir a la comunidad, teniendo en cuenta su situación concreta? El predicador tiene que ser el primero en dejarse interpelar por la Palabra de Dios que anuncia, porque, como dice san Agustín: «Pierde tiempo predicando exteriormente la Palabra de Dios quien no es oyente de ella en su interior». De tal manera que se haga realidad el deseo marcado por la Ordenación de las lecturas de la misa hacia la homilía: «fruto de la meditación, debidamente preparada»25. En palabras de D. Bonhoeffer:

El predicador debe encontrarse de tres maneras con la Palabra de Dios: en la mesa de estudio, preparando seriamente su ministerio con la ayuda de los oportunos subsidios y comentarios; en el reclinatorio, orando la palabra que va a predicar, de modo que no solo sepa hablar «de» Dios, sino ante todo hable «a» Dios en su oración personal; y, finalmente, en el púlpito, dejando que en el momento mismo de su ministerio resuene en él mismo, antes que en sus hermanos lo que Dios nos comunicæs.

2.3. La homilía, al servicio de las necesidades de los fieles

La homilía se dirige a una asamblea concreta a la que hay que tener en consideración, para adaptarse a su situación y a sus necesidades. Acabamos de explicar cómo la homilía debe partir de la Palabra de Dios para actualizarla. Por ello, la homilía no puede tener un contenido genérico o abstracto, esto es, no es válida una homilía estándar, sino que debe aplicar la verdad perenne del Evangelio a las circunstancias concretas de la vida de la comunidad a la que está dirigida²⁷.

Ordenación de las lecturas de la misa (segunda edición típica), 24.

²⁵ Cf. Ordenación de las lecturas de la misa (segunda edición típica), 24.

²⁶ J. Aldazábal, "Predicación", en C. Floristán-J. J. Tamayo (dirs.), *Conceptos fundamentales del cristianismo*. Trotta, Madrid 1993, p. 1066.

²⁷ Cf. Presbyterorum ordinis, 4.

De tal manera que los pastores dan «una respuesta más apropiada, tomada de la Palabra de Dios, a las circunstancias especiales de sus propias comunidades»²⁸ y los fieles de cualquier lugar del mundo, aunque han escuchado las mismas lecturas, gracias a la reflexión hecha por el ministro ordenado en la homilía, las meditan aplicándolas a sus circunstancias concretas²⁹. Así, los acontecimientos de la vida eclesial, social y vital se convierten en clave hermenéutica del texto sagrado que deja de ser letra impresa en un papel para convertirse en palabra «viva y eficaz» (*Heb* 4, 12).

Para hacer realidad que la homilía está al servicio de las necesidades de los fieles es necesario que quien está a su cargo conozca la comunidad que va a tener delante para adaptar su lenguaje y el contenido a su nivel. En la asamblea puede abundar el número de niños o de jóvenes o de personas mayores..., o puede estar compuesta exclusivamente por religiosos o religiosas. Quien la realiza debe conseguir que el lenguaje de la homilía sea comunicativo y que los destinatarios la entiendan³⁰. Además, para mantener la atención de los fieles, convendría conocer y poner en juego todas las armas que la oratoria ofrece: expresividad, modulaciones de voz que enfaticen... E incluso, en su justa medida, podrían emplearse medios audiovisuales o informáticos —como diapositivas o proyecciones de ordenador—, escenificaciones o montajes catequéticos³¹, siempre y cuando no obstaculicen el fin propuesto en la homilía, esto es, actualizar la Palabra de Dios a la situación vital de la asamblea; ya que podría darse el caso de que los fieles queden impactados por la forma y pierdan el fondo.

2.4. La homilía, prolongación del ministerio profético de Cristo

En la actualidad, la homilía está reservada al ministro ordenado —obispo, presbítero o diácono—, maestro de la fe, que representa a Cristo en la celebración y prolonga en el tiempo su ministerio profético³². No obstante, es un oficio propio del obispo, ya que a este le compete, en primer lugar, el deber de predicar la fe como maestro auténtico de ella³³. Los presbíteros y diáconos ejercen este

Ordenación de las lecturas de la misa (segunda edición típica), 63.

²⁹ Cf. Ordenación de las lecturas de la misa (segunda edición típica), 62.

³⁰ Sobre este tema puede leerse: T. CABESTRERO, ¿Se entienden nuestras homilías? Necesidad de un lenguaje más comunicativo (Dossiers CPL 97), CPL, Barcelona 2003.

³¹ Cf. Sagrada Congregación para el Culto Divino, *Directorio para las misas con niños* (10 de noviembre de 1973), 36.

El carácter ministerial de la homilía llevó a que en uno de los esquemas de la Sacrosanctum Concilium, el presentado en el aula conciliar el 22 de octubre de 1962, al hablar de la presencia de Cristo en la palabra proclamada se incluyera también la homilía: «Ipse est qui loquitur dum verba Sacræ Scripturæ in Ecclesia leguntur et explicantur» (Concilio Vaticano II, Schemata constitutionum et decretorum. Series I, Typis Polyglottis Vaticanis, Ciudad del Vaticano 1962, p. 160). Pero el «et explicantur» no superó el debate conciliar, por lo que desapareció en la siguiente redacción del documento.

³³ Cf. Lumen gentium, 23-24; Christus Dominus, 13; Ceremonial de los obispos, 17.

ministerio en su lugar. Los primeros como colaboradores del ministerio episcopal³⁴ y los segundos como servidores de la palabra³⁵.

La homilía se sitúa en el *munus docendi*, uno de los tres *munera* del ministerio ordenado. Así, tanto al obispo como al diácono, durante el rito de ordenación, se le entrega el evangeliario mientras le dicen: «Recibe el Evangelio y proclama la Palabra de Dios con deseo de instruir y con toda paciencia», al primero, y, al segundo: «Recibe el Evangelio de Cristo del cual has sido constituido mensajero, convierte en fe viva lo que lees, y lo que has hecho fe viva enséñalo y cumple aquello que has enseñado». Al presbítero, en cambio, se le pregunta expresamente en el interrogatorio que abre el rito de ordenación: «¿Realizarás el ministerio de la palabra, preparando la predicación del Evangelio y la exposición de la fe católica con dedicación y sabiduría?».

Normalmente, es quien preside la celebración el responsable de dirigir sus palabras al pueblo congregado, aunque podría pronunciar la homilía un sacerdote concelebrante o uno de los diáconos asistentes, incluso también un obispo o presbítero presente en la celebración pero que no está concelebrando³⁶; no obstante, si preside un presbítero y está presente un obispo se prefiere que sea este quien predique³⁷.

Ya en los orígenes, tal y como testimonia san Justino en su primera *Apología*, estaba reservada a quien presidía la eucaristía³⁸. En aquel tiempo, normalmente era el obispo quien presidía la celebración, siendo reemplazado, en su ausencia, por los presbíteros. Incluso en Oriente encontramos en el siglo IV la costumbre de que, si se encontraban en la celebración varios presbíteros, estos dirigieran la palabra sucesivamente hablando, en último lugar, el obispo³⁹.

Sobre la posibilidad de que un laico haga la homilía, la normativa litúrgica y canónica es muy clara: no está permitido, aunque sean seminaristas, estudiantes de Teología, hayan recibido la tarea de «asistentes pastorales»o pertenezcan a otro tipo de grupo, hermandad, comunidad o asociación⁴⁰.

³⁴ Cf. Lumen gentium, 28; Presbyterorum ordinis, 4.

³⁵ Cf. Lumen gentium, 29; Christus Dominus, 15.

⁶ Cf. Ordenación general del Misal Romano (tercera edición típica), 65.

³⁷ Cf. Ceremonial de los obispos 175; SAGRADA CONGREGACIÓN DE RITOS, Instrucción sobre la simplificación de los ritos e insignias pontificales *Pontificales ritus* (21.VI.1968), 24.

³⁸ Justino. Apología 1, 67.

⁹ Cf. Constituciones apostólicas II, 57, 9; Egeria, Peregrinación 25, 1; San Jerónimo, Epístola 52, 7.

⁴⁰ Cf. Código de Derecho Canónico, 767 §1; Ordenación general del Misal Romano (tercera edición típica), 65; Congregación para El Clero et alli, Instrucción sobre algunas cuestiones acerca de la colaboración de los fieles laicos en el sagrado ministerio de los sacerdotes Ecclesia de mysterio (15.VIII.1997), 3. 1; Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, Instrucción sobre algunas cosas que se deben observar o evitar acerca de la santísima eucaristía Redemptionis sacramentum (25.III.2004), 64-66.

El fiel laico puede predicar, esto es, explicar pública y oficialmente la Palabra de Dios, no obstante, siempre y cuando esta no se haga dentro de la celebración litúrgica, esto es, el tipo de predicación que se denomina «homilía». Así lo especifica el Código de Derecho Canónico en su canon 766 y la instrucción interdicasterial Ecclesia de mysterio en su artículo 2.º. Respecto a la posible dispensa por parte del obispo diocesano de la reserva de la homilía al ministro ordenado prescrita en el canon 767 .1 del Código, la Pontificia Comisión para la Interpretación Auténtica del Código de Derecho Canónico emitió su voto negativo el 20 de junio de 1987. Este canon abroga cualquier otra norma precedente que admitiera a los fieles no ordenados a hacer la homilía en la celebración eucarística, como era el caso del Directorio para las misas con niños, publicado por la Sagrada Congregación para el Culto Divino el 10 de noviembre de 1973, según cuyo número 24 estaba permitido que «un fiel adulto, después del Evangelio, dirija la palabra a los niños, especialmente si al sacerdote le resulta difícil adaptarse a la mentalidad de los pequeños oyentes». Sí que el fiel laico que dirige una celebración dominical o festiva en ausencia de presbítero puede leer la homilía que ha preparado el párroco41 y también en aquellas ocasiones en que lleva a cabo un rito litúrgico, como el sacramento del matrimonio o algunas bendiciones del Bendicional por ejemplo, puede hacer, tras la proclamación de la Sagrada Escritura, una exhortación que explique las lecturas bíblicas para que se perciba el significado de la celebración, pero no una homilía propiamente. También está permitida la intervención de los laicos en la homilía en jornadas particulares, como el día del seminario, el día del enfermo..., ofreciendo un testimonio ilustrativo que complemente la homilía pronunciada por el sacerdote; ahora bien, estos testimonios no deben asumir características tales que llegaran a confundirse con la homilía42. De modo que la mención explícita de que la prohibición de admitir a los laicos para predicar dentro de la celebración de la misa alcanza también a los seminaristas43 debe entenderse en el sentido estricto de las palabras, esto es, hacer la homilía propiamente como si se tratara de una práctica para el futuro ministerio; en cambio, un seminarista puede dar un testimonio vocacional el día del seminario en el marco de la homilía llevada a cabo por el ministro ordenado.

Una prohibición de semejantes características ya la encontramos a mediados del siglo V, cuando el papa León Magno impide predicar a los monjes y laicos cualquiera que sea el grado de su ciencia, de su enseñar o de su predicar⁴⁴.

⁴¹ Cf. Congregación para el Culto Divino, *Directorio para las celebraciones dominicales y festivas en ausencia de presbítero* (2.VI.1988), 43.

⁴² Cf. Congregación para el Clero et alii, 3.2.

⁴³ Cf. Congregación para el Clero et alli., 3 .1; Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, Instrucción sobre algunas cosas..., 66.

⁴⁴ Cf. León Magno, *Epístola*, 119, 6.

Un par de siglos antes el obispo de Alejandría, Demetrio, se lamenta de que los obispos Alejandro de Jerusalén y Teocisto de Cesarea dejen predicar a Orígenes en sus respectivas iglesias⁴⁵.

3. Características actuales de la homilía

Junto a los rasgos esenciales expuestos, la homilía cuenta también con otra serie de características que en la actualidad tienen una configuración determinada, marcada por la normativa litúrgica y canónica vigente, pero que podría variar, como son el lugar, la obligatoriedad, la extensión, los tipos, la estructura y el silencio.

3.1. Lugar de la homilía

La homilía puede hacerse bien desde la sede, bien desde el ambón⁴⁶. Sin embargo, el obispo predica en la cátedra⁴⁷, «signo de su magisterio y de la potestad del pastor de la Iglesia particular»⁴⁸. Y cuando la homilía es confiada a un concelebrante o un diácono asistente, uno u otro deben predicar desde el ambón, ya que la sede está ocupada por el sacerdote celebrante que preside.

Predicar desde el ambón manifiesta que la homilía guarda una estrecha relación con la Palabra proclamada, ya que ese lugar de la celebración está reservado únicamente para la Sagradas Escrituras⁴⁹. Si se hace la homilía desde el ambón, el ministro ordenado necesariamente debe estar de pie.

Predicar desde la sede manifiesta el oficio del sacerdote de presidir la asamblea, y él, como cabeza del cuerpo místico de Cristo, que se hace visible en la liturgia⁵⁰, habla a los fieles congregados. Si se hace la homilía desde la sede, el ministro ordenado podría estar de pie o sentado. En la normativa litúrgica posconciliar nada se dijo al respecto hasta el año 1981, cuando al publicarse la segunda edición típica de la *Ordenación de las lecturas de la misa*, en su número 26, afirma que «el sacerdote celebrante dice la homilía desde la sede, de pie o sentado, o desde el ambón». Posteriormente, en 1984, el *Ceremonial de los obispos* señaló que el obispo, de modo habitual, predica sentado en la cátedra⁵¹; tengamos presente la importancia de la cátedra como signo de su magisterio⁵² y que la toma de posesión

Cf. Eusebio de Cesarea, Historia eclesiástica, 6, 19.

⁴⁵ Cf. Ordenación general del Misal Romano (tercera edición típica), 136; Ordenación de las lecturas de la misa (segunda edición típica), 26.

⁴⁷ Cf. Ceremonial de los obispos, 17, 142.

⁴⁸ Ceremonial de los obispos, 42.

⁴⁹ Cf. Ordenación general del Misal Romano (tercera edición típica), 309.

⁵⁰ Cf. Ordenación General del Misal Romano (tercera edición típica), 50; Mt 18, 20.

⁵¹ Cf. Ceremonial de los obispos, 17. 142.

⁵² Cf. Ceremonial de los obispos, 42.

del obispo simplemente se reduce al gesto de sentarse en la cátedra⁵³. Años después, al publicarse la tercera edición típica del *Misal Romano*, se precisó la frase correspondiente a la posición del sacerdote mientras pronuncia la homilía que figuraba en la OGMR y la redacción inicial, «la homilía se hace desde la sede o desde el ambón»⁵⁴, se convirtió en «el sacerdote, de pie en la sede o en el mismo ambón, o en otro lugar idóneo, si conviene, pronuncia la homilía»⁵⁵.

También se puede predicar desde otro lugar idóneo, si se cree conveniente⁵⁵.

3.2. Obligatoriedad de la homilía

La homilía es obligatoria en las misas de todos los domingos y fiestas de precepto por prescripción del número 52 de la *Sacrosanctum Concilium*. Antes del Concilio, como ya dijimos en nuestro breve recorrido histórico, estaba recomendada — solo recomendada — en los domingos y fiestas de precepto.

Al año siguiente, la instrucción *Inter oecumenici* de la Sagrada Congregación de Ritos y del *Consilium ad exsequendam constitutionem de sacra liturgia*, en su número 53, recomendó la homilía en los días laborables, principalmente en las ferias de Adviento y de Cuaresma, y en otras ocasiones en que asiste a la iglesia un buen número de fieles.

Esta normativa quedó plasmada tal cual en el Código de Derecho Canónico, canon 767. 2 y 3. En cambio, en la *Ordenación general del Misal Romano* se añadió, a los días laborables en los que era recomendada la homilía, las ferias del tiempo pascual; así figura en el número 42 de su primera edición, que se convirtió en el número 66 de la tercera edición. En la *Ordenación de las lecturas de la misa*, número 25, figura el mismo texto que en el *Misal Romano*.

Más allá de la obligatoriedad de la homilía en los domingos y fiestas de precepto, nos preguntamos si conviene predicar a diario. La respuesta no es simple, esto es, «sí» o «no». La respuesta tiene condicionantes, ya que varía según la asamblea que tengamos delante, según sea el predicador... Así, no es lo mismo celebrar misa en un monasterio o en una parroquia, en una gran comunidad o en una pequeña comunidad, ante una asamblea mayoritariamente mayor o de una edad más juvenil. Si se va a predicar diariamente sería necesario, por una parte, que el sacerdote se preparase bien y no dejase la homilía a la improvisación ya que de lo contrario terminará diciendo siempre lo mismo y se convertirá en una

⁵³ Cf. Ceremonial de los obispos, 1145.

⁵⁴ Cf. Ordenación general del Misal Romano (edición típica), 97.

⁵⁵ Ordenación general del Misal Romano (tercera edición típica), 136.

⁵⁶ Cf. Ordenación general del Misal Romano (tercera edición típica), 136; Ceremonial de los obispos, 147.

rutina. Por otra parte, conviene ser breve con el fin de no «desgastar» la homilía y que los fieles «desconecten» en ese momento, destacar un par de ideas de los textos sagrados para aplicarlas a la vida o algún rasgo de la celebración sería suficiente. Quizá sería apropiado predicar solo en aquellas misas de diario en las que los textos bíblicos son más complicados de entender y requieren explicación o cuando se inicia un nuevo libro en la distribución de la lectura continua para dar sus claves fundamentales. Y no debemos olvidar que, a veces, un espacio de silencio tras la proclamación de las lecturas produce más efecto, al dejar que el texto escuchado resuene en el interior de cada fiel.

3.3. Extensión de la homilía

Sobre la extensión de la homilía solamente encontramos una referencia en la documentación litúrgica posconciliar, pero es bastante imprecisa. Se encuentra en la segunda edición típica de la *Ordenación de las lecturas de la misa*, en cuyo número 24, entre otras cosas, se dice que la homilía no debe ser «ni demasiado larga ni demasiado corta».

El tiempo que ocupa la homilía dentro de la celebración debería guardar una proporción con el resto de elementos de la liturgia de la palabra, de la cual forma parte. Todos hemos participado en eucaristías cuya homilía ha sido tan extensa como el resto de la celebración junta, ocasiones en las que parafraseando a Quevedo podríamos decir: «Érase una homilía a una celebración pegada, érase una homilía superlativa». Hay sacerdotes que, con el fin de acortar la celebración, suprimen una lectura o eligen la plegaria eucarística más breve, pero no son capaces de acortar ni un minuto su homilía.

Desde una perspectiva psicológica, en una homilía extensa es más fácil que los fieles pierdan su atención; no es fácil mantener a la asamblea siguiendo el discurso más de siete u ocho minutos. Debemos tener presente también que somos capaces de recordar pocas ideas; convienen, pues, menos ideas que dejen huella frente a muchas que queden perdidas; querer decir todo es contraproducente. La misma liturgia, en aquellas ocasiones en las que ofrece un modelo de homilía, como en los ritos de ordenación episcopal, presbiteral o diaconal, presenta un texto no muy extenso: página y media.

Una homilía demasiado extensa hace pensar que el sacerdote confía más en su palabra que en la Palabra de Dios, considerando que es su discurso explicativo del texto sagrado el que va a transformar a la asamblea y no la palabra proclamada, donde la liturgia nos recuerda que está presente Cristo⁵⁷.

⁵⁷ Cf. Sacrosanctum Concilium, 7.

Recordemos que es la Palabra de Dios la que es «viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo, penetrante hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyunturas y tuétanos; juzga los deseos e intenciones del corazón» (*Heb* 4, 12). Seamos conscientes de que es la Palabra de Dios y no la palabra humana la que da fruto:

Como bajan la lluvia y la nieve del cielo, y no vuelven allá sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar, para que dé semilla al sembrador y pan al que come, así será mi palabra, que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que hará mi voluntad y cumplirá mi encargo (ls 55, 11).

En la vida de san Antonio abad se nos dice que este decidió iniciar la vida eremítica cuando escuchó las palabras de Jesús en el Evangelio: «Si quieres ser perfecto, ve y vende todo lo que tienes y da el dinero a los pobres» (*Mt* 19, 21); en ningún momento dice que fuera la homilía lo que le transformó interiormente⁵⁸.

3.4. Tipos de la homilía

La homilía, por su contenido, puede ser de un estilo u otro, aunque en una misma homilía pueden aparecer entremezclados diversos tipos. El ministro ordenado responsable de la predicación utilizará el tipo de homilía que mejor se adapte a la Palabra de Dios proclamada y a la celebración en la que tiene lugar, así como a la asamblea concreta que la escuchará. Podríamos distinguir los siguientes tipos de homilía:

- Homilía magisterial o catequética. Se trata de aquella homilía en la que se ofrece una reflexión que asienta las bases de la fe cristiana⁵⁹.
- Homilía mistagógica. Se trata de aquella homilía que se adentra en el misterio celebrado desentrañando el significado de los signos sacramentales.
- Homilía moralizante. Es aquella homilía que incide, de forma particular, en el modo de vida propio del cristiano.
- Homilía profética. Se trata de aquella homilía que lee los designios de Dios en la historia actual manifestando el camino por seguir.

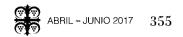
⁵⁸ Cf. P. DE ALCÁNTARA, «Antonio abad († 356)», en L. DE ECHEVERRÍA-B. LLORCA-J. L. REPETTO BETES (dirs.), *Año cristiano. I. Enero.* Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2002, p. 351.

164

A este respecto, el número 46 de la exhortación postsinodal *Sacramentum caritatis* del papa Benedicto XVI, recogiendo la proposición de los padres sinodales, invitaba a que, partiendo del Leccionario trienal, «se prediquen a los fieles homilías temáticas que, a lo largo del año litúrgico, traten los grandes temas de la fe cristiana, según lo que el magisterio propone en los cuatro "pilares" del Catecismo de la Iglesia Católica y en su reciente *Compendio*: la profesión de la fe, la celebración del misterio cristiano, la vida en Cristo y la oración cristiana».

- Homilía espiritual. Es aquella homilía que alimenta la vida espiritual de los fieles cristianos.
- Homilía testimonial. Se trata de aquella homilía en la que por medio del propio ejemplo o del de otra persona se ilustra la idea que se quiere transmitir (recordemos que este tipo de homilía, tal y como señala la instrucción interdicasterial *Ecclesia de mysterio* en su artículo 3. 2, puede hacerse en jornadas especiales como el día del seminario, el día del enfermo, el día del Domund..., cuando, en el marco de la homilía que realiza el ministro ordenado, un seminarista o un enfermo o un misionero..., según sea el caso, ofrece el testimonio de su vida).
- Homilía dialogada. Es aquella homilía en la que el ministro ordenado pregunta cuestiones concretas a toda la asamblea o a algún miembro en particular para que responda en voz alta y, a partir de estas respuestas, va construyendo su discurso (en el número 48 del *Directorio para las misas con niños* y en el artículo 3. 3 de la instrucción interdicasterial *Ecclesia de mysterio* se permite este tipo de homilía).
- Homilía participada o compartida. Es aquella homilía que algunos sacerdotes realizan en grupos pequeños donde los fieles laicos presentes en la celebración comparten con el resto de miembros de la comunidad su propia reflexión o sus propias vivencias de fe; no está contemplada por la normativa litúrgica[®], ya que la homilía no es el lugar para llevar a cabo esta necesidad de comunicación interior que surge entre los miembros del grupo para consolidar sus lazos fraternales. Así pues, habría que buscarle otro lugar (una celebración de la palabra o una lectio divina comunitaria o un comentario al Evangelio dentro de la propia reunión del grupo correspondiente, por ejemplo); no obstante, si se diera, no debería faltar la intervención conclusiva del sacerdote, quien, a partir de los textos proclamados, ilumina la circunstancias concretas que vive la asamblea.

En la instrucción de la Sagrada Congregación para el Culto Divino sobre las misas para grupos particulares publicada el 15 de mayo de 1969, *Actio pastoralis*, no se contempla esta posibilidad; es más, en su número 6d se rechaza: «Los fieles se abstendrán de intervenir dentro de la celebración con reflexiones, exhortaciones o cosas análogas». Igualmente, la carta que la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos envió a los responsables del camino neocatecumenal el 1 de diciembre de 2005 recuerda que la homilía está reservada al ministro ordenado y que tan solo se permite insertar testimonios como queda especificado en la instrucción interdicasterial *Ecclesia de mysterio* (cf. *Notitiæ* 41 [2005], p. 564).



3.5. Estructura de la homilía

Cualquiera que sea el tipo de homilía que pronuncie el ministro ordenado, esta debería tener una estructura clara que permita a los fieles seguirla: un inicio significativo, que marque el tema que se va a desarrollar, en el que no sería conveniente volver a repetir o a resumir lo que ya ha sido proclamado en las lecturas bíblicas; una parte central con pocas ideas, para que los fieles puedan retenerlas; y, finalmente, una conclusión que ofreciera una breve síntesis de lo expuesto.

3.6. Silencio

En la tercera edición típica del *Misal Romano* fue revalorizado el silencio dentro de la misa. Se consideraba que no debía estar todo el tiempo de la eucaristía lleno de palabras y gestos, sino que había que dar espacio a que el misterio celebrado impregnara en el corazón de los fieles. Concretamente en la liturgia de la palabra se dio la posibilidad de guardar un momento de silencio tras las lecturas bíblicas y también al acabar la homilía⁶¹ para posibilitar el recogimiento de los fieles y la meditación de la palabra de Dios.

Conclusión

Quisiera concluir recordando el texto de la única homilía de Jesús que ha llegado a nuestros días, un modelo breve y conciso. Fue en la sinagoga de Nazaret, un sábado, cuando tras leer un pasaje del profeta Isaías, enrolló el libro, se sentó y se puso a decir a la audiencia: «Hoy se cumple esta escritura que acabáis de oír» (cf. *Lc* 4, 16-21). Con estas palabras debería poder resumirse siempre cualquier homilía, esto es, que en la predicación, tomando luz de los textos bíblicos y litúrgicos, quede iluminada la existencia humana de modo que la Palabra de Dios permanece viva y eficaz, y dé sus frutos en los fieles cristianos.

⁶¹ Cf. Ordenación general del Misal Romano (tercera edición típica), 56. 66. 136.